

EL TEATRO



DIRECTOR
José del Perojo

ADMINISTRACIÓN
67. SANTA ENGRACIA. 67



SRTA. ISABEL BRU, DEL TEATRO APOLO
FOTOGRAFIA AMADOR

EL TEATRO

Núm. 13

Noviembre 1901



SRTA. ISABEL BRU, DEL TEATRO DE APOLO

FOT DE AMADOR



CRÓNICA GENERAL

LA actualidad teatral se llama... Zacconi. El nombre del ilustre actor italiano corre de boca en boca; la prensa, esa prensa política que tan poco espacio suele dejar al arte, le consagra columnas enteras; en los círculos literarios no se habla de otra cosa, y hasta en los pasillos del Congreso se da un poco de mano á la eterna y aburrida farándula para comentar los éxitos del genial cómico. Entre tanto, ya no es solo un reducido auditorio de *élite* el que le celebra y aplaude; la opinión se ha hecho rápidamente y el gran público, la masa, que se mostraba perezosa en acudir al Teatro de la Comedia, dejó en la taquilla más de diez mil pesetas el día en que los carteles anunciaron *Otello*, es decir, á la cuarta representación.

Para comprender bien lo que esto significa, es preciso conocer ciertas interioridades económicas del Madrid que se divierte. El presupuesto de gastos ha tenido que ser reforzado con un crédito extraordinario para oír á Zacconi... La bella y elegante duquesa de Tal, el acaudalado prócer señor Fulánez y el distinguido *sportman* Perenganito, tienen ya á estas alturas de la temporada su abono en el Real y su palco ó su butaca para los lunes clásicos del Español. La vanidad y el buen tono están, pues, á cubierto y no hay que encarecer las dificultades con que lucha un empresario para defender el negocio.

Pero lo que el empresario quizá no hubiera conseguido con todos los reclamos imaginables, lo ha logrado el artista. El talento, la inspiración, el arte asombroso de Zacconi, se han impuesto á los bolsillos y—dicho sea en honor de nuestro público—Tirso Escudero no tendrá que arrepentirse de su aventura teatral.

Otra cosa ha contribuido también al triunfo del actor y á la buena fortuna de la empresa. Con perdón del bello sexo, todos estábamos un poco fatigados de las grandes celebridades femeninas. No, no hablemos mal de la gran Sarah, de la gentil Rejane, de la maravillosa Duse; pero, por Dios ¿no es verdad que ya iba resultando aburrido ver morir por centésima vez en su lecho de blondas y encajes á la Dama de las Camelias?

Instintivamente nuestro público se daba cuenta, durante las *tournées* artísticas de estas ilustres comediantas, de que la vida resultaba incompleta sobre la escena. Acompañadas en su trabajo por cómicos sin mérito, faltaba la pasión, el calor masculino y por muy bella que fuera la romanza de la trupe, y por mucho que les señoras admirasen y celebrasen los perifollos, creo yo que nuestro público en general, tenía deseo de que nos visitara un gran actor y de cambiar de... cuerda.

Zacconi lo es, y además viene á España en toda la plenitud de su talento y de sus facultades. Los periodistas, que por obligación ó por necesidad solemos asomarnos al extranjero por la ventana de los periódicos, los autores dramáticos, los intelectuales, le conocían por la voz de la fama. Y esa voz nos decía que Zacconi era un gran artista, que su dominio de la escena era absoluto, que su entendimiento flexible se plegaba á todos los géneros, desde la tragedia de Shakespeare á la comedia de costumbres y, por último—y esto es quizá lo que más excitaba la curiosidad de la gente de letras—la crónica y la

crítica de todos los países, nos pintaba á Zacconi como el intérprete perfecto de la llamada nueva fórmula del teatro de ideas, del teatro evolucionista ó más bien revolucionario, cuyos apóstoles se llaman Ibsen, Tolstoi, Turguenieff, Hauptmann, Sudermann... etc., etc.

Al terminar el tercer acto del drama de Rovetta *I disonnesti*, obra elegida por Zacconi para su *début*, el público, escaso pero muy selecto, que había acudido á escucharle, dió su voto de conformidad con la crítica y de acuerdo con la fama de que venía precedido el actor. Se dirá que es aventurado juzgar por una sola obra; ciertamente, pero puso Zacconi en la interpretación del personaje tal variedad de matices, pasión tan intensa, rasgos de observación tan delicada, que bastó una comedia mediana para que descubriésemos al gran artista. Aquella misma noche pudimos apreciar la flexibilidad de su talento. En el borracho napolitano, en el *Don Pietro Caruso* de Bracco, no quedaban ni huellas del protagonista de *I disonnesti*; otra voz, otros ademanes, otro modo de andar, otra cara, otro hombre. Viéndole transformarse de tal modo, estudiándole después en representaciones sucesivas, bien puede afirmarse, aunque al pronto resulte la afirmación algo paradójica, que este actor de personalidad tan marcada, es absolutamente impersonal, es decir, logra hacerse olvidar en fuerza de asimilarse por completo el alma de los personajes que representa.

Un crítico vienés cuya opinión conozco porque la acaba de traducir un estimable compañero, hace de Zacconi un retrato verdaderamente inaceptable. Sin duda pretende que resalte el mérito *por contraste*, y nos describe un Zacconi de poca estatura, de piernas cortas, de nariz gruesa, de perfil rígido, brutal, de voz ronca y de figura ordinaria. Ni esto es exacto ni hace falta convertir el retrato en caricatura para decirnos después que Zacconi se transforma hasta lo último en fuerza de arte. La intención es buena; pero por este retrato nadie conocerá á Zacconi. Su estatura es proporcionada y en sus facciones aguilenas muy expresivas no se encuentra nada de rígido ni de brutal; no es un tenorino, un Adonis, con lo cual, dicho sea de paso, más bien gana que pierde, pero tampoco encuentro la «pesadez de figura» de que habla el escritor extranjero. En cuanto á la voz es extensa, abaritonada, agradable. En cambio acierta el crítico cuando dice, que con la movilidad de las cejas imprime á sus ojos azules una variedad infinita de expresión. Sí, en sus pupilas claras, centellean la ira, el odio, los celos, las exaltaciones más tempestuosas del espíritu. Añadid á estas condiciones una dicción purísima, una sensibilidad exquisita que pone en vibración todos sus nervios, una naturalidad perfecta y un dominio absoluto de la técnica teatral y tendréis una impresión, aunque borrosa, del artista.

Su retrato lo completa el mismo Zacconi cuando, burlándose de los que le suponen un histérico, un desequilibrado, un actor de inspiración, les dice terminantemente:—Todo ha sido estudiado, muy estudiado. Porque ¡oh jóvenes actores que vais para genios! (esta invocación no es de Zacconi, es mía), bueno es que á veces triunfe la inspiración soberana en toda su hermosa in-

consciencia, pero ya veis lo que un maestro os dice: hace falta estudiar.

Que Zacconi ha estudiado, se traduce bien pronto, no sólo viéndole representar comedias sino oyéndole hablar. Su conversación revela una gran cultura.

Además de ser un gran intérprete del teatro de ideas, es un excelente comentador, llega hasta la enjundia de sus autores predilectos con una seguridad de juicio que sorprende. Penetrando de tal manera el sentido de las obras que ejecuta, no es extraño que llegue á la perfección al dar vida á los personajes. En el *Oswaldo*, de *Los espectros*, es tal el lujo de detalles y el alarde de observación que causa verdadero asombro. Si algo le faltaba á la fuerza demolidora de estos grandes anarquistas intelectuales, de estos hombres del Norte que atacan á la sociedad y sus conceptos de moral histórica con una tenacidad implacable es, sin duda, un auxiliar como Zacconi. El actor italiano hace llegar al alma del público lo que quizá no llegaría tan fácilmente á su inteligencia; es un cómplice temible de los grandes revolucionarios. Las ideas á veces abstrusas, la propaganda radical, vigorosa de estos pensadores que han tomado por asalto la escena, gana más prosélitos con un gesto, con una mirada, con una inflexión de voz del gran trágico que con veinte años de apostolado en el libro, en la prensa ó en la tribuna. Nunca ha penetrado mejor nuestro público la idea compleja, para citar un ejemplo, de las *Almas solitarias*, de Hauptmann, que viendo representar esta obra á Zacconi.

Hasta ahora le hemos aplaudido en cinco producciones pertenecientes á los géneros más distintos, y en todas ellas ha sabido darnos la medida de su talento. Hasta en *La muerte civil*, melodrama que por acá nos sabemos de memoria, logró interesarnos y apasionarnos. La escena en que el presidiario relata su evasión del calabozo nos pareció una joya lite-

raria, y lo mismo ocurrió con las principales situaciones del *Kean*, á pesar del poco jugo artístico que tiene la venerable comedia de Dumas padre.

Los excelentes «conjuntos» que hemos podido apreciar en las obras representadas, dan motivo suficiente para suponer que Zacconi es un director de escena de primer orden. Se adivina su talento en la unidad perfecta, en la difícil armonía de la interpretación. No nos tienen acostumbrados á estos lujos otras celebridades, antes bien, la vanidad personal les hace creer, generalmente, que basta su figura para llenar la escena.

Si Zacconi hubiera representado ya *Otello*, de Shakespeare, y *Nerón*, de Cossa, este juicio podría resultar más completo. Ambas obras son esperadas con impaciencia por el público.



MILLE. INNA TINROT, EN LA ÓPERA *Mignon*
FOT. MCNTABENE

El Teatro Real ha abierto sus puertas. La temporada ofrece desde su inauguración, ya que no un cuadro de artistas que pudieran borrar de la memoria de los *dilletanti* el recuerdo de pasados tiempos, el atractivo de las obras del repertorio alemán, ajustadas, en su dirección, á las más puras tradiciones wagnerianas.

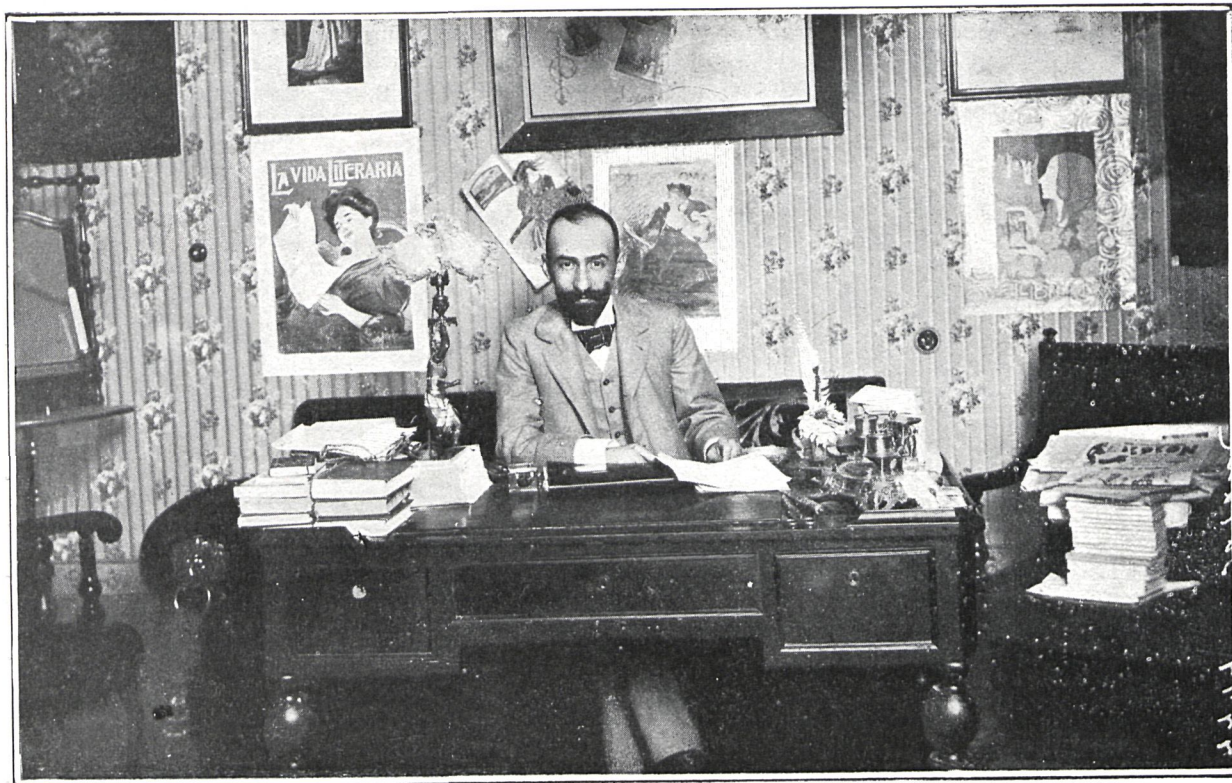
Hasta ahora el artista que ha conseguido con más justicia el aplauso del público, ha sido Kunwald, cuya batuta ha hecho verdaderos primores. La Tetrzini y Blanchart conquistaron un gran éxito en *Tosca*; *Aida*, alcanzó un excelente conjunto, y el *début* ó la reaparición de notables artistas, entre ellos de la simpática Matilde de Lerma, ha sido un gran éxito.

En la Zarzuela, un joven autor, Domínguez Alfonso, ha hecho sus primeras armas en compañía del veterano Chueca, cuya música retozona tiene cada día más frescura.

La zarzuela se titula *El Bateo* y lleva mucha gente al teatro de Jovellanos.

LUIS LÓPEZ BALLESTEROS.





DON JACINTO BENAVENTE, AUTOR DE *La Gobernadora*

FOT. AMADOR

LA GOBERNADORA

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE DON JACINTO BENAVENTE

Fué el primer estreno y el éxito primero de la temporada.

Benavente es en la actualidad el autor predilecto de nuestro público. Es quizá el único que con un asunto, al parecer trivial, con una trama sencilla, logra dominar al público, cautivándole con las infinitas ingeniosidades que derrocha en sus obras.

La Gobernadora es una comedia apenas sin asunto. Una mujer entrometida y curiosa, que domina á su marido y hace de él cuanto quiere; un tipo verdaderamente nuevo en nuestro teatro, si bien es, por desgracia, muy viejo en la vida real, ha dado asunto á Benavente para componer tres actos primorosos, llenos de profunda observación y de sátira implacable.

No faltan en la obra de Benavente tipos arrancados del natural, verdaderas reproducciones de personajes conocidos de todo el mundo, y á los cuales el autor hace hablar su propio lenguaje.

El éxito de *La Gobernadora*, aunque discutido por la crítica, fué unánime en el público que presenció el estreno y que ha llenado el Teatro de la Comedia durante muchas noches. Cierto que

la obra no tiene la importancia que otras del mismo autor, como *Lo cursi* y *La comida de las fieras*; pero, de todas suertes, es un alarde que pocos autores pueden hacer, sostener el interés del público durante tres actos á fuerza de ingeniosidades y de habilidad teatral.



La gobernadora, SRA. PINO FOT. FRANZEN

Desarróllase la acción de la comedia en Moraleda, ciudad imaginaria.

En el primer acto el público se entera de lo que ocurre con el anunciado estreno de un drama titulado *Obscurantismo*, que ha obtenido en la corte gran éxito por sus teorías revolucionarias. Los partidarios del cacique Don Baldomero opónense al estreno del drama y procuran captarse las simpatías de la esposa del Gobernador para que éste prohíba la representación. Durante el acto segundo la Gobernadora consigue de su esposo la prohibición, pero el Secretario del Gobierno, joven enamorado de la Gobernadora, hace comprender á ésta lo peligroso de aquella medida y la convence para que vuelva á obtener de su marido una nueva orden que revoque la anterior. El Gobernador, hombre débil y do-



SRTA. FILOMENA GARCÍA, EN «EL CABO PRIMERO»

FOTOGRAFIA AMADOR